



Robert Sheckley

Paraíso II

A cada instante, un pequeño trozo del Presente, al unísono, es consumido junto con una pequeña parte del Mañana.

Robert Sheckley lo sabe, conoce ese cambio continuo. Sabe que la gente puede ser dirigida por la fascinación del romance, que las máquinas pueden impedir los crímenes aún antes de que la intención de perpetrarlos exista; que es posible irse de vacaciones al siglo que se elija. Lector: si piensas que todo esto no es posible, que el autor está equivocado... será mejor que leas estos relatos.

LA ARMADURA DE PAÑO GRIS

Gray Flannel Armor, 1957

El método seguido por Thomas Hanley para encontrar esposa merece la atención de los antropólogos, sociólogos y especialistas en casos raros. Constituye un humilde ejemplo de los extraños hábitos que regían la elección de pareja en las postrimerías del siglo XX. Esta historia adquiere mayor importancia si se considera el impacto que tuvo en la moderna industria norteamericana.

Thomas Hanley era un joven alto y delgado, de tendencias conservadoras, moderado en sus vicios y modesto en exceso. Sus conversaciones con ambos sexos eran extremadamente correctas, hasta el punto de emplear los excesos verbales convenientes a su edad y a su condición social. Poseía varios trajes de paño gris y muchas corbatas de forma y color de moda. Y si uno pensaba que era posible distinguirlo entre una multitud por sus gruesos anteojos de carey, estaba en un error. Ese no era Hanley; Hanley era otro.

¿Quién podría creer que bajo esa apariencia humilde, descolorida, laboriosa y conformista latía un corazón romántico hasta la locura? Por desgracia, cualquiera podría creerlo, puesto que el disfraz sólo engaña a quien lo usa.

Los jóvenes como Hanley, con sus armaduras de paño gris y sus viseras de carey, son los caballeros andantes de nuestra época. Recorren por millones las calles de nuestras grandes ciudades, con el paso firme y apresurado, la vista al frente, la voz mesurada, vestidos como para pasar des-

apercibidos. Como en el caso de los actores o de los poseídos, viven sombríamente; en su interior, mientras tanto, arde una llama romántica que se resiste a morir.

Naturalmente, Hanley soñaba despierto con grandes machetes sibilantes, con gigantescos navíos rumbo al sol desplegadas las velas; con doncellas de ojos oscuros y terriblemente tristes que lo miraran a través de velos transparentes. Y es fácil suponer que soñaba con romances más modernos.

Pero el romance es algo muy difícil de encontrar en las grandes ciudades. Este hecho fue descubierto no hace mucho por nuestros comerciantes más emprendedores. Y una noche, Hanley recibió la visita de un extraño tipo de vendedor.

Acababa de volver a su pequeño apartamento de un ambiente, después de un trajinado viernes en la oficina. Se aflojó la corbata y pensó, con cierta melancolía, en el largo fin de semana que tenía por delante. Por televisión pasaban un match de boxeo, pero eso no le atraía, y ya había visto todas las películas en cartelera en su barrio. Para peor, todas las muchachas que conocía le resultaban poco interesantes, y sus perspectivas de conocer otra eran prácticamente nulas.

El resplandor azul del crepúsculo se extendía sobre Manhattan; Hanley permaneció en el sillón, preguntándose dónde podría encontrar una chica interesante, qué le diría si la encontrara y...

Sonó el timbre.

Por regla general, solamente los vendedores ambulantes o los cobradores del Fondo de Bomberos lo visitaban sin anunciarse. Pero esa noche resultaría agradable hasta la ínfima satisfacción de echar a un vendedor. Por lo tanto, abrió la puerta.

Un hombrecito de baja estatura, vivaz y llamativamente vestido, sonreía ante él.

—Buenas tardes, señor Hanley —dijo, el hombrecito, con desparpajo—. Soy Joe Morris, representante del Servicio de Romances de Nueva York, con sede central en el edificio de Empire State y sucursales en los distritos más importantes. Nuestra misión, señor Hanley, es ayudar a las personas solitarias, y usted es una de ellas: ¡Ah, no lo niegue! De otro modo no estaría en su casa un viernes por la noche. Usted está solo, y serle útil es, a la vez, un negocio y una satisfacción para nosotros. Un joven inteligente, sensible y bien parecido, como usted, necesita de una muchacha buena, agradable, bonita, comprensiva...

—Un momento —dijo Hanley, con severidad—. Si usted tiene alguna de esas agencias sofisticadas con mujeres disponibles...

Se interrumpió, porque Joe Morris se había puesto lívido. Con la garganta hinchada de cólera, giraba ya sobre sus talones para marcharse.

—Espere —dijo Hanley—. Disculpe.

—Permítame informarle, señor, que soy padre de familia —dijo Joe Morris, tiesamente—. Soy casado y tengo tres hijos; vivo en el Bronx. Si usted imagina siquiera que puedo complicarme en algo clandestino...

—Lo siento, de veras —dijo Hanley.

Hizo pasar a Morris y lo condujo hasta el sillón. El vendedor recuperó de inmediato su tono animado y jovial.

—No, señor Hanley —prosiguió—. Las muchachas a las que me refiero no son... ejem... profesionales. Son jóvenes muy normales, dulces, con inclinaciones románticas. Pero están solas. En esta ciudad hay muchas jóvenes solitarias, señor Hanley.

—¿De veras? —pregunto el joven; por alguna razón, había pensado que solamente los hombres podían encontrarse en esa situación.

—Naturalmente. El propósito del Servicio de Romance de Nueva York es hacer que las personas jóvenes se encuentren en circunstancias apropiadas.

—Ajá. Es decir, lo suyo es una especie de..., si me permite la expresión, de Club de la Amistad.

—¡De ninguna manera! ¡Nada de eso! Estimado señor Hanley, ¿alguna vez concurrió a un Club de la Amistad?

Hanley negó con la cabeza.

—Debería hacerlo, señor —dijo Morris—. Así podría apreciar mejor nuestros servicios. ¡Clubs de la Amistad! Trate de imaginar un salón desmantelado, en un primer piso de la zona barata de Broadway. En un extremo, cinco músicos con smokings raídos tocan las canciones de moda, con una deprimente falta de entusiasmo. Los ecos de esa música escuálida reverberan tristemente por el salón, mezclándose con las estridencias del tránsito. A cada lado del salón hay una hilera de sillas: de un lado, los hombres; del otro, las mujeres. Todos se sienten avergonzados de encontrarse allí.

»Todos se aferran a una lastimosa indiferencia; fuman nerviosamente, un cigarrillo, otro, y aplastan las colillas contra el piso. De vez en cuando, algún desdichado se arma de coraje y saca a bailar a cualquiera de las chicas; la pareja recorre tímidamente la pista, bajo las miradas procazes y cínicas de los otros. El maestro de ceremonias, un idiota lleno de amaneramientos, circula por allí con una sonrisa estereotipada, tratando de inyectar alguna animación en esa velada muerta. Pero es inútil.

Morris hizo una pausa para recobrar el aliento; después continuó:

—Tal es el anacronismo conocido como Club de la Amistad; una institución forzada, nerviosa, desagradable, más acorde con la época victoriana que con la nuestra. Con el Servicio de Romance de Nueva York, en cambio, hemos venido a llenar un vacío de muchos años. Hemos aplicado la precisión científica y el conocimiento tecnológico a un profundo estudio de los factores esenciales, para lograr felices encuentros entre los dos sexos.

—¿Cuáles son esos factores? —preguntó Hanley.

—Los más importantes —contestó Morris— son: la espontaneidad, y la idea de la predestinación.

—Espontaneidad y predestinación parecen términos contradictorios —señaló el joven.

—Por supuesto. Dada su naturaleza, el romance debe estar compuesto por elementos contradictorios. Tenemos gráficos que así lo demuestran.

—Entonces, ¿vosotros vendéis romances? —preguntó Hanley, vacilante.

—¡Precisamente! Esa sustancia pura e intangible. No el sexo, que cualquiera puede encontrar, ni el amor, puesto que no hay manera de garantizar su duración, y resulta, por lo tanto, poco comercializable. Vendemos romance, señor Hanley, el ingrediente que falta en la sociedad moderna, el sabor de la vida, el sueño de todas las épocas.

—¡Qué interesante! —dijo Hanley.

Sin embargo, lo que Morris afirmaba no le parecía del todo verosímil. Podía tratarse de un charlatán o de un visionario. De cualquier modo, no era probable que se pudiera vender un verdadero romance, esas visiones oscuras e inciertas por las cuales se veía acosado noche y día.

—Gracias, señor Morris —dijo, levantándose—. Pensaré en lo que me ha dicho. En este momento no tengo mucho tiempo, y si no le molesta...

—¡Pero señor mío! ¡No puede dejar escapar la oportunidad de un romance!

—Lo siento, pero...

—¿Por qué no prueba nuestro sistema por unos días? No le cobraremos absolutamente nada. Tome, póngase esto en la solapa.

Y le entregó algo que parecía una pequeña radio a transistores con una diminuta lente de video.

—¿Qué es esto? —preguntó Hanley.

—Una pequeña radio a transistores con una diminuta lente de video.

—¿Y para qué sirve?

—Ya verá. Haga la prueba. Somos los más importantes especialistas en romance dentro del país, señor Hanley. Y tenemos la intención de conservar esa fama satisfaciendo las necesidades de millones de jóvenes americanos. Recuerde: los romances patrocinados por nuestra firma son producto del destino, espontáneos, estéticamente satisfactorios, físicamente gratos y moralmente justificables. Así diciendo, Joe Morris estrechó la mano de Hanley y se marchó.

El joven hizo girar la diminuta radio entre las manos; no le encontró perillas ni diales. La prendió en la solapa de su chaqueta. Nada ocurrió.

Con un encogimiento de hombros, se ajustó la corbata y salió a caminar.

Era una noche fresca y clara, perfecta para el romance, como casi todas las noches en la vida de Hanley. A su alrededor se extendía la ciudad, henchida de promesas y de infinitas posibilidades. Pero estaba desprovista de satisfacciones. Mil noches había caminado por esas calles con el paso firme, la vista al frente, dispuesto a cualquier cosa.

Y nunca había sucedido nada.

Tras las altas ventanas vacías de los edificios habría mujeres, y quizá miraban hacia abajo, hacia aquel caminante solitario en la calle oscura, y pensaban en él...

—¡Qué lindo sería estar en la azotea de un edificio —dijo una voz—, y mirar la ciudad desde lo alto!

Hanley se detuvo bruscamente y se volvió. Estaba completamente solo.

Tardó un instante en comprender que la voz surgía de la pequeña radio a transistores.

—¿Cómo? —preguntó Hanley. La radio guardó silencio.

«Mirar la ciudad desde lo alto», reflexionó Hanley. La radio le sugería que mirara la ciudad desde lo alto. «Sí», pensó; «sería lindo».

—¿Y por qué no? —se preguntó, dirigiéndose hacia un edificio.

—Ese no —susurró la radio.

Hanley, obediente, pasó de largo y se detuvo ante el siguiente.

—¿Este? —preguntó.

No hubo respuesta, pero Hanley percibió un pequeño gruñido de aprobación.

Bueno, debía reconocer una cosa: el Servicio de Romance sabía trabajar. Sus movimientos eran tan espontáneos como podía serlo cualquier movimiento guiado. Al entrar en el edificio, Hanley se dirigió hacia el ascensor automático y oprimió el botón del último piso. Desde allí subió un tramo de escaleras hasta la azotea, y se volvió hacia la parte oeste del edificio.

—Al otro lado —susurró la radio. Hanley cambió de dirección. Desde el lado opuesto, contempló la ciudad, con sus ordenadas hileras de luces blancas, circundadas por un leve halo. Aquí y allá, salpicadas, las luces verdes y rojas de los semáforos y las manchas coloridas de los carteles luminosos. La ciudad se extendía hacia él, siempre henchida de promesas y de infinitas posibilidades, pero desprovista de satisfacciones.

De pronto notó la presencia de otra persona en la azotea; como él, contemplaba arrobada el espectáculo de las luces.

—Disculpe —dijo Hanley—; no quise ser indiscreto.

—Oh, no es nada —dijo la otra persona, y Hanley se dio cuenta de que estaba hablando con una mujer.

«Somos dos desconocidos», pensó Hanley. «Un hombre y una mujer que se encuentran por accidente, o por predestinación, en una oscura azotea con vista a la ciudad». ¿Cuántos sueños habría analizado el Servicio de Romances, cuántas visiones habrían tabulado para idear algo tan perfecto como aquello?

Comprobó, de un solo vistazo, que ella era joven y encantadora. Guardaba una perfecta compostura, pero él tuvo la sensación de que estaba tan conmovida como él por

lo favorable de aquel encuentro: el sitio, la hora, el estado de ánimo. Trató desesperadamente de encontrar algo que decir, pero no se le ocurría una sola palabra. Y el momento se esfumaba.

—Las luces —apuntó la radio.

—Las luces son hermosas —dijo Hanley, sintiéndose como un tonto.

—Sí —murmuró la muchacha—, son como una alfombra de estrellas, o como puntas de flechas en las tinieblas.

—Como centinelas en eterna vigilia nocturna —agregó Hanley, sin saber si la idea era suya, o si repetía como un loro las sugerencias apenas perceptibles de la radio.

—Yo vengo aquí a menudo —dijo la muchacha.

—Yo no vengo nunca —confesó Hanley.

—Pero esta noche...

—Esta noche tenía que venir. Sabía qué iba a encontrarte...

El Servicio de Romance necesitaba un escritor más competente. Esa clase de diálogos resultarían ridículos a la luz del día. Sin embargo, era la conversación más natural del mundo para un momento como ese, en una azotea altísima, con el parpadeo de las luces allá abajo y las estrellas tan próximas.

—No suelo dar confianza a los desconocidos —dijo la muchacha, avanzando un paso hacia él—, pero...

—No soy un desconocido —repuso Hanley, avanzando a su vez.

El pelo rubio de la muchacha brilló bajo la luz de las estrellas. Lo miró con los labios entreabiertos, transfigurado el rostro por la emoción, por la atmósfera, por aquella luz suave y tentadora.

Se detuvieron, frente a frente. Hanley percibió su delicado perfume y la fragancia de sus cabellos. Se sintió débil; todo en él era confusión.

—Tómala en tus brazos —susurró la radio.

Hanley extendió los brazos como un autómeta. La chica se refugio en ellos con un leve suspiro. Se besaron..., simple, natural, inevitablemente, con pasión cada vez más irresistible, como era de esperar.

En ese momento, Hanley vio una pequeña radio a transistores en la solapa de la muchacha. Sin embargo, se vio forzado a admitir que el encuentro había sido no sólo espontáneo y predestinado, sino también sumamente agradable.

Cuando Hanley volvió a su apartamento, el alba rozaba ya los rascacielos. Cayó, exhausto, en la cama, y durmió durante todo el día. Se despertó hacia el atardecer, con un hambre terrible. Mientras cenaba en un bar del vecindario, repasó los acontecimientos de la noche anterior.

Todo había sido descabellado, perfecto y maravilloso al mismo tiempo: el encuentro en la azotea; después, el apartamento de la muchacha, tibio y oscuro; por último, su partida, ya al amanecer, con el último beso todavía tibio en la boca. Sin embargo, y a pesar de todo, algo lo perturbaba.

No podía dejar de sentirse un tanto extraño con respecto a un encuentro romántico de ese tipo, donde las radios a transistores lo arreglaban todo, y hasta daban el pie a los amantes, para inducirlos a adoptar las actitudes apropiadas, espontáneas y fatalistas a la vez.

Imaginó un millón de jóvenes en trajes de paño gris y corbatas a tono, todos ellos recorriendo las calles de la ciudad según las órdenes apenas audibles de un millón de pequeñas radios. Imaginó a los operadores de la central, ante el conmutador audiovisual: trabajadores serios y responsables, que, tras cumplir las tareas nocturnas en bien del romance, compraban el diario y tomaban el metro rumbo a sus casas, para reunirse con la mujer y los hijos.

Aquello le disgustó. De cualquier modo, debía admitir que era preferible pasar por eso a no conocer el romance. Eran tiempos modernos. Hasta el romance debía apoyarse

en una sólida base de organización si no quería perderse en el trajín.

Además, ¿era acaso tan extraño, después de todo? En la época medieval, la bruja daba al caballero algún filtro para conducirlo hasta la dama hechizada. Hoy, el vendedor daba a un hombre una radio transistorizada que lograba el mismo efecto, y sin duda con mayor rapidez.

Probablemente, los romances espontáneos y predestinados no existían, y el intermediario resultaba imprescindible.

Desechó de su mente cualquier otro pensamiento. Después de pagar la cena, salió a caminar.

Esta vez, sus pasos firmes y apresurados lo llevaron a un sector más pobre de la ciudad. Había cubos de basura alineados en la acera; por las ventanas de las sucias casas de la vecindad surgía el sonido de algún clarinete melancólico, o las chillonas disputas de las mujeres. En un callejón, un gato listado con ojos de ágata le echó una mirada y desapareció a toda velocidad.

Hanley se detuvo, estremecido, y decidió volver a su vecindario.

—¿Por qué no sigues caminando? —le instó la radio, en tono muy suave, como si sonara directamente en su cerebro.

Volvió a estremecerse, pero siguió caminando.

Las calles estaban desiertas y silenciosas como una tumba. Pasó de prisa ante los negocios cerrados y los gigantescos depósitos sin ventanas. Le pareció entonces que algunas aventuras no valían la pena. Ese escenario era muy poco apropiado para el romance. Tal vez debía ignorar las indicaciones de la radio y volver al mundo brillante y ordenado que le era familiar.

En ese momento oyó ruido de pasos que se arrastraban. En el extremo de un estrecho callejón, tres figuras forcejeaban violentamente. Eran dos hombres y una muchacha, quien luchaba por liberarse.

La reacción de Hanley fue inmediata. Iba a correr en busca de un policía, dos o tres, si era posible. Pero la radio lo detuvo.

—Tú solo puedes dominarlos —dijo.

«Qué voy a poder», pensó. Los diarios estaban llenos de noticias sobre hombres que se creían capaces de dominar a algún malhechor. Terminaban, por lo común, en el hospital, con tiempo de sobra para considerar sus escasas dotes de boxeadores.

Pero la radio lo instó a seguir. Impulsado por una sensación de fatalidad, acuciado por los gritos quejosos de la muchacha, Hanley se quitó los anteojos; los puso en el estuche, los guardó en el bolsillo, y se lanzó hacia las negras fauces del callejón.

Tras dar de lleno contra un cubo de basura, que rodó por el suelo, llegó hasta donde estaban la muchacha y sus dos atacantes. Estos no habían reparado aún en su presencia. Hanley tomó a uno de ellos por el hombro, lo hizo girar sobre sí mismo y le aplicó una trompada con la derecha. El hombre retrocedió trastabillando hasta la pared. Su compañero soltó a la muchacha y se dirigió hacia Hanley, quien lo atacó con ambos puños y con el pie derecho.

El hombre cayó, balbuceando:

—No se lo tome así, amigo.

Hanley se volvió hacia el primer malhechor, quien se abalanzaba hacia él como un gato salvaje. Inexplicablemente, ninguno de sus golpes alcanzó a Hanley, y este lo derribó con un buen puñetazo de izquierda.

Con dificultad, los dos hombres se pusieron en pie y huyeron. Mientras corrían, Hanley oyó que uno le comentaba a su compañero:

—¡Qué triste manera de ganarse la vida!

Pasando por alto esta intromisión en el libreto, Hanley se volvió hacia la muchacha.

—Viniste —susurró ella, apoyándose contra él.

—Tenía que hacerlo —dijo Hanley, bajo las directivas apenas audibles provenientes de la radio.

—Lo sé —murmuró ella.

Hanley vio que era joven y hermosa. Sus cabellos negros brillaban a la luz de la lámpara. Con los labios entreabiertos, lo miró, transfigurado el rostro por la emoción, por la atmósfera, por esa luz suave y tentadora.

Esa vez Hanley no necesitó ninguna indicación de la pequeña radio para tomarla entre sus brazos. Estaba aprendiendo en qué consistía una aventura romántica, y como se debía llevar a cabo un romance espontáneo y fatalista al mismo tiempo.

Se dirigieron de inmediato al apartamento de la muchacha. Mientras caminaban, Hanley reparó en una gema de gran tamaño que brillaba en su cabellera. Sólo bastante más tarde comprendió que se trataba de una diminuta radio, artísticamente disimulada.

A la noche siguiente, Hanley volvió a salir. Recorrió las calles con el propósito de ahogar cierta voz insatisfecha que hablaba a su conciencia. Recordó que la noche anterior había sido perfecta, llena de sombras acogedoras, de cabellos suaves rozando sus ojos y de tibias lágrimas sobre su hombro. Y sin embargo...

Lo triste del caso era que esa muchacha no pertenecía a su tipo; tampoco la primera. No se puede reunir a dos extraños al azar, y confiar en que ese romance rápido y encendido se convierta en amor. El amor tiene sus propias reglas inflexibles.

Hanley siguió caminando, con la convicción creciente de que esa noche iba a encontrarse con el verdadero amor. La luna, a poca altura, iluminaba la ciudad; una brisa del sur traía un aroma mezclado de especias y nostalgia.

Caminó sin rumbo fijo; la radio guardaba silencio. Ninguna orden lo condujo hacia el pequeño parque, a la orilla del río; no hubo voz secreta que lo incitara a acercarse a aquella joven solitaria.

Se detuvo junto a ella para contemplar la escena. A su izquierda había un puente enorme, cuyas grandes vigas, esfumadas en la oscuridad, semejaban patas de araña. Las aguas oscuras y aceitosas del río se deslizaban serpentean-do sin cesar. Sonó la bocina de un remolcador; otro respon-dió ululando, como un fantasma perdido en la noche.

La radio no dio señal alguna.

—Hermosa noche —dijo Hanley.

—Tal vez sí, tal vez no —dijo la muchacha, sin mirarlo.

—La belleza está presente donde uno quiera verla.

—Qué cosas raras dice usted.

—¿Le parece? —preguntó Hanley, acercándose a ella—. ¿Tan extraño es? ¿Acaso es extraño que tú y yo nos en-contremos aquí?

—Tal vez no —respondió la muchacha, volviéndose por fin para mirar a Hanley de frente.

Era joven y hermosa. Su pelo bronceado brillaba a la luz de la luna; tenía el rostro transfigurado por la emoción, por la atmósfera, por la luz suave y sentadora. Sus labios se entreabrieron con asombro.

Y en ese momento Hanley comprendió: ¡Esa aventura era auténticamente espontánea y predestinada! Ninguna indicación de la radio lo había guiado hasta allí, y nadie le había susurrado frases y respuestas para que él las repitiera. Observó a la muchacha: no tenía artefactos transistorizados en la blusa ni en el pelo.

¡Había encontrado el amor, sin la ayuda del Servicio de Romances! Sus oscuros e inciertos presentimientos se esta-ban convirtiendo, al fin, en realidad.

Extendió los brazos; con un leve suspiro, la muchacha se refugió en ellos. Se besaron, y las luces de la ciudad mez-claron sus destellos con las luces estelares, y la luna en cuarto creciente se deslizó por el cielo, y las sirenas de nie-bla bramaron su mensaje angustiado a través del, río acei-toso y negro.

La muchacha, sin aliento, retrocedió un paso.